

VELÁZQUEZ Y LA ACADEMIA

SALVADOR ALDANA FERNÁNDEZ

Se cumplen en éste año de 1999 cuatrocientos del nacimiento de Velázquez, el pintor que es considerado, junto con Goya, el genio más universal de la pintura española.

También hace 164 años que su "Autorretrato" forma parte de las colecciones de la Academia y constituye para ella una joya de las más preciadas. A veces se nos va. Sale del Museo de Bellas Artes de Valencia, donde la Academia lo tiene depositado y otras gentes y otros países lo contemplan. En su posición de tres cuartos ofrece su perfil derecho y mira fijamente al espectador. Su abundante cabellera apenas emerge del fondo, que el pintor aclara en su lado izquierdo para que ilumine suavemente su mejilla. Con amarillos, ocre y suaves carmines, acentuados éstos en los párpados, nariz y labio inferior, modela una soberbia carnación con la que construye un rostro tranquilo y, a la vez, enigmático. La expresión en su mirada, como la de otros retratados –según comenté en un trabajo sobre: "La expresión en los retratos de Velázquez"– refleja un rico mundo interior; atrae al espectador y lo introduce en él. Sus labios parecen entreabrirse para esbozar una sonrisa, con un gesto entre tímido y burlón, pero siempre lleno de naturalidad majestuosa.

Nos hemos acostumbrado a verle en la intimidad de su Sala, casi Capilla Sixtina del Barroco. Nos hemos acostumbrado a mirarle en su tranquilo lugar, lejos de la agitación de las grandes Galerías de los Museos; lejos de las multitudes que rompen el silencio de su otro auténtico "Autorretrato" en "Las Meninas" del Museo del Prado.

Quizá su pequeño tamaño (46 x 39 cm.) permite prenderle y aprehenderle en nuestra memoria y no dejar que se escape ni una vibración de las pinceladas que lo conforman ni ese mirar tan vivo y tan inquietante.

Por eso, cuando regresa, cuando lo tenemos de nuevo, es como haber recobrado parte de nuestra intimidad que, por un tiempo, fue de otros. Ese tiempo, ese "eterno recomenzamiento", como dijo el poeta,

nos lleva, en versos de Anthero de Quental, a recordar que:

*"Un espíritu habita el infinito:
una angustia cruel de libertad
agita y estremece las formas fugitivas",*

esas formas que ha ido creando el tiempo, y que, en lo esencial, no han cambiado.

No ciertamente en él, porque su mirada nos invita a adentrarnos en los fríos y oscuros corredores del Alcázar de los Austrias hasta llegar a su obrador, donde colores, telas, pinceles, tientos, cazoletas con óleos preparados, libros, maniqués y alacenas con higas, ombligos de Venus, alidonas, moriones, bezoares o cualquier otro tipo de amuleto de los que pintaba en los retratos de los hijos pequeños de su Rey y que luego los guardaba en cajitas de ébano, traídas de Venecia por su amigo Miser Morosini que aún conservaban el precioso olor del sándalo de Samarcanda. Después; cuando parsimoniosamente las dejaba, mirándonos nos decía seguramente si él seguiría permaneciendo y nosotros nos reconoceríamos en el tiempo cómo éramos.

Franz Werfel decía:

*"Reconocer es todavía precipitación,
también saber es inquietud.
Estamos, hijo mío, tan unidos,
Que tú te hieres con tu propia palabra"*

Lejanos tiempos de palabras e inquietudes, admirado amigo, en los que comenzábamos a hablarte en silencio, desde la intimidad de tu Sala y contábamos a quien quería escucharnos ("Menores minora canemus" –También los pequeños tenemos derecho a hablar-) que eras tú mismo y que la herida de tu propia palabra no pronunciada era un mudo reproche para quienes creían que tu obra no te pertenecía y se la achacaban a un discípulo tuyo.

Tu "Autorretrato" valenciano tuvo que pasar el Purgatorio al que Mayer y otros críticos de cortesana y acartonada credibilidad científica en ese tema,

te habían sometido, fatuos y soberbios “morellianos”, locos de las “escuelas” y de los compromisos.

Otros, sin embargo, auténticos historiadores del Arte, como Camón Aznar, Elías Tormo, Curtis, Justi, Allende-Salazar o Aureliano de Beruete, aseguraban que esa obra era de tu mano.

Volviste a viajar al Museo de Prado y de allí retornaste limpio y brillante, hiriendo a los contumaces detractores con tu única palabra: tus pinceles.

Pero tú, que nada olvidas, porque estás más allá del tiempo, recordarás que te pintaste en Roma, en tu segundo viaje, después que “para hacerte la mano” representaras a tu criado Juan de Pareja, antes de emprender el retrato de Inocencio X. Te expusiste a la crítica, como era costumbre en Roma, en el claustro de la Rotonda, aquel 19 de marzo de 1650 y tanta admiración causó tu “Juan de Pareja” que te nombraron miembro de la Academia romana de San Luca.

Después hiciste el retrato del Papa –más bien pintaste lo imposible- con aquella mirada de ojos grises azulados, atentos a captar las intenciones de los hombres y llenos de aquella llamarada de furor que le hizo arrasar una fortaleza del duque de Parma por haber éste asesinado al obispo designado por él.

Conociste a Donna Olimpia Maidalchini, mujer que sólo poseía un apetito: el de mandar. Sabemos que no te agradaba pero poseía un inmenso poder y gran influencia sobre Inocencio X, su cuñado. Supongo recordarás que cuando el Papa visitó el Capitolio para ver el Museo de Antigüedades que había mandado erigir, le manifestaste que también estabas interesado en las antigüedades y que tu viaje a Roma era para llevarte moldes de estatuas antiguas y con ellos adornar las salas del Alcázar de Madrid. Otros personajes también te facilitaron la labor, como el culto Monsignor Massimi, más tarde Nuncio en Madrid y Cardenal; el cavaliere Cassiano del Pozzo y el anticuario y bibliotecario pontificio Hippolito Vitelleschi.

Compraste cuadros para las colecciones reales y te ocupaste de contratar decoradores italianos para los palacios del Rey.

Finalmente, ante las reiteradas llamadas de Felipe IV tuviste que abandonar tu querida Roma, donde quizá habías experimentado la hondura de una nueva pasión. Tomaste un navío en Génova, siempre acompañado del precioso cargamento artístico que habías adquirido y, en junio de 1651 llegaste al puerto de Barcelona.

Sin embargo algo de ti, además, habías dejado en Roma: tu “Autorretrato” que pasó a manos de Inocencio X.

Bastantes años más tarde, en 1798, durante la invasión francesa de Italia, fueron dispersadas las colecciones de pintura vaticanas y muchos cuadros, entre ellos tu “Autorretrato”, fueron subastados en la misma Roma.

Lo compró un español, D. Francisco Martínez y, junto con otras obras, te condujo a su casa de Livorno. Allí, otro D. Francisco Martínez Blanch, seguramente familiar del primero, y cónsul de España en Niza, lo recibió en herencia.

Abandonemos el siglo XIX, cuando ocurren esos últimos hechos, y volvamos al XVIII. El año 1754, cuarenta y cuatro años antes de que ocurriera aquella dispersión de las colecciones vaticanas, en Valencia, los hermanos Ignacio y José Vergara pidieron al monarca Fernando VI, de la Casa de Borbón, sucesora de la de Austria, a quien tan lealmente habías servido, que concediera a la Ciudad una Academia de Pintura, Escultura y Arquitectura.

En tu tiempo, todos los artistas teníais abierto taller donde enseñábais el arte que practicábais. Pero en época de Ignacio y José Vergara se buscaba –imitando el modelo creado en Francia- que los estudios artísticos fueran oficiales, las materias progresivamente enseñadas y al final del aprendizaje, siguiendo unas normas muy estrictas, obtener el título de pintor, escultor o arquitecto que facultaba a quien lo poseía para ejercer su actividad sin cortapisas. Era, sin duda, una novedad, incluso un movimiento moderno, frente a las antiguas formas de aprendizaje. Como toda obra humana aquella modernidad tuvo su fin casi en el año en que tu retrato llegaba a Valencia ¡Quien te iba a decir que por el mismo puerto de embarque desde el que te dirigiste a España!

El rey Fernando VI, como he dicho, autorizó la apertura de esa Academia. Pero por circunstancias ajenas al fundador y a los artistas promotores, tuvo vida efímera. Pero de aquel corto período docente algo se salvó: fueron las obras que los distintos artistas-profesores dieron a la Academia para que sirvieran como modelos a los discípulos.

Pasaron unos años y en 1762 aquellos artistas que habían fundado y mantenido viva a la Academia, que llamaron de Santa Bárbara, en homenaje a la esposa de Fernando VI, apoyados por los altos cargos municipales de la Ciudad, pidieron al rey Carlos III la creación de una Academia que fuera la continuadora de la anterior. El Rey acogió favorablemente la petición; concedió a la Academia una subvención económica, con cargo a ciertos tributos que la ciudad de Valencia recaudaba y autorizó, también, que en los locales

propiedad de la Ciudad, donde tenía su asiento el Estudi General –luego Universidad- se volviera a instalar la nueva Academia.

La voluntad de continuidad de la ahora Real Academia de San Carlos con la de Santa Bárbara era manifiesta. No obstante, como había pasado cierto tiempo desde su clausura, las aulas tuvieron que ser rehabilitadas por los arquitectos de la Academia pero no fue precisa, de momento, la adquisición de materiales de trabajo pues tanto modelos en yeso como pinturas o dibujos habían sido custodiados en los locales anteriores.

Las enseñanzas no eran sólo teóricas y prácticas sino que se completaban con el estudio de textos. Por ello desde muy temprano se formó la Biblioteca de la Academia, siendo las primeras obras ingresadas el “Curso completo de Arquitectura”, del académico de San Fernando, José de Castañeda, y las láminas de “Las ruinas de Palmira”, uno de los descubrimientos arqueológicos más notables de entonces.

La Academia de San Fernando regaló a la de San Carlos los seis tomos de la “Arquitectura” de Palladio y varios moldes de las esculturas más famosas de la Antigüedad.

En 1788 la Academia se estructura, jerárquica y administrativamente, en sus distintas categorías de miembros, la mayor parte de los cuales permanecerían en el tiempo.

Los locales de la nueva Academia se encontraban repletos de obras de arte que servían de modelos a los alumnos y ese fue el germen de su futuro Museo que se iría incrementando con otras obras donadas por artistas o amigos de la Academia como Mengs, Vicente López, Goya, Rusconi, Damián Campeny y tantos otros a lo largo de los siglos. El cuidado de los fondos artísticos, de su conservación y de su difusión correspondió siempre a un académico con categoría de Conservador y más adelante el Museo fue regido por otro académico.

También existían documentos, que configurarían su Archivo, uno de los más ricos entonces y hoy.

Llegamos a 1835, fecha en la que el ya citado cónsul de España en Niza, hizo donación de tu “Autorretrato”, junto con otras valiosas obras de arte, a la Real Academia de San Carlos. Desde entonces, tantos años ha, los artistas académicos y los que forman parte de la misma cultivando otras Artes, te sentimos cerca de nosotros y entre los documentos que conservamos podemos seguir, paso a paso, tu llegada a la Academia.

Parecía tan evidente que eras uno de los nuestros que afirmarlo se creía poco menos que inútil ya que tu pertenencia a la Academia era incuestionable. Había un respetuoso silencio sobre el tema y algunos interpretaron que ese silencio era una falta de fe académica en tu ingreso en la Institución. Se decía que había que revisar documentos, que quizá, o que unas cosas sí y otras no.....; en verdad, tú que tanto leías y tan inteligentemente, no debes asombrarte de que personas que se autodefinen como cultas no lean lo que los archivos contienen y se publica en las revistas; parece que es un mal invencible o un bien no deseado. Así pueden crearse realidades de sombras y de oscuros silencios faltando a la verdad que hace libres a las personas.

Refresquemos la memoria de los hechos. La cronología de tu llegada a San Carlos, que un académico nuestro desveló hace 79 años nada menos, sigue tozudamente viva. Desde 1920 sabemos, paso a paso, lo que ocurrió y la fidelidad académica de la que siempre has disfrutado.

Se dijo entonces:

“Múltiples y valiosísimos han sido siempre los donativos que ha recibido la Real Academia de San Carlos. Ilustres y desprendidos valencianos hicieron depositaria a la Corporación de obras de arte y objetos arqueológicos para que fueran patrimonio de todos, como estudio y ejemplo.

Muy a los comienzos de su fundación organizó su Museo en la primitiva Casa de la Academia, y así como fue uno de los primeros en España por su origen, ha conseguido también ser el primero por la cantidad y número de objetos, el mérito de sus obras y la variedad de artistas que en ella tienen su representación.

Uno de los que más contribuyeron a aumentar el caudal artístico del naciente Museo, fue, indudablemente, el ilustre valenciano D. Francisco Martínez Blanch, Cónsul que fue de Su Majestad Católica en Niza, fallecido en aquella ciudad en 1835.

Abierto su testamento, el Cónsul de España en Génova participó al Gobierno que por disposición del finado se habían de entregar a la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos de Valencia el legado de setenta y nueve cuadros, propiedad de dicho Sr. Martínez Blanch.

Los cuadros que aparecen en el Inventario son notabilísimos por las atribuciones que allí se hacen, y constituyen el más valioso donativo que ha ingresado en el Museo de la Academia.

Los nombres más insignes de la pintura aparecen allí, y aunque la mayor parte de los cuadros son de reducido tamaño, bastan por sí solos para considerar al Sr. Martínez Blanch como un gran patricio y protector del Arte”

Hasta aquí he transcrito la información de archivo que tú no conocías. Ahora voy a aumentar –con otros documentos- las razones por las que hoy, que festejamos nada menos que el cuatrocientos aniversario de tu nacimiento en Sevilla, te consideramos como algo muy nuestro.

No se trata de que ese afecto sea excluyente hacia obras que también conservamos, no sólo de la época medieval –Retablo de Puebla Larga-; renacentista– Pablo de San Leocadio, Juanes, El Greco, Yáñez de la Almedina-; barroca- Espinosa, March, Ribera-; académica –Conchillos, Esteve, Vergara, Gilabert- o moderna –Pinazo, Domingo, Muñoz Degrain, Beltrán Grimal, Sorolla-. Otros muchos los has ido conociendo desde tu seguro refugio y los que por edad vieron tus pinturas y las elogiaron sus juicios los has recreado en tu memoria. Como has reservado en ella espacios para volver a vivir en tus aposentos de la “Casa del Tesoro” antes de que ardiera en aquel infausto día de 34 de diciembre de 1734.

Has paseado por las estancias desaparecidas que nos muestra el plano de Juan Gómez de Mora. En ellas, tú, “*Apeles de un Aquiles inmóvil*”, como dijera, exagerando, tu suegro Francisco Pacheco, contemplaste durante cuarenta años a tu Rey y le pintaste dejando que cayera el tiempo sobre él y mostraras su rostro “*desde la delgadez al abotagamiento...desde las mejillas tersas y frescas del muchacho [a las] ajadas por las pasiones, avejentadas pero siempre igual...con la mirada flemática y fría de sus grandes ojos azules bajo la ancha frente, entre cabellos rubios, lisos, labios fuertes y mentón macizo*”.

Como Aposentador de Palacio estabas acostumbrado, a veces a la fuerza, a manejar tantos papeles –oficios, cuentas, memoriales, cartas de consuelo y desconsuelo ¿también de amor?- que no debe extrañarte que haya extraído del Archivo académico algunos documentos que hacen referencia a tu “Autorretrato” y a las restantes obras que te acompañaron desde Génova a Valencia.

En primer lugar tenemos un escrito del Consulado General de España en Génova que dice:

“*Excmo. Sr. Consecuente con las órdenes que S.M. la Augusta Reyna Gobernadora se ha servido comunicarme, por conducto del Excmo. Sor. Primer Secretº de Estado y del Despacho Universal, he embarcado a bordo del Bergantín Español la Mariana, su Capitán Don Rafael Gattorno, dador de esta, y a la consignación de V.E., seis cajones y un cilindro marcados los primeros Nums. 1 a 6, y el último nº 7, estos siete cajones contienen los*

79 cuadros que el difunto Don José Martínez Consul que fue de S.M. en Niza dejó a esa Real Academia de Bellas Artes; y cuyo pormenor y descripción existe en el catálogo o inventario que adjunto tengo el honor de remitir a V.E. para su inteligencia y Gobierno: A cuyo efecto también acompañó el conocimiento del indicado Capitán, al que se servirá V.E. mandar satisfacerse el flete en dose pesos fuertes y cinco por ciento de ya en conformidad a la misma resolución. Dios gue. A V.E. ms. As. Génova de Mayo de 1835. Excmo. Señor. Andrés Andrade y Chirón. Rubricado. Exmo. Sor. Capitán General de Valencia. (Al margen). Valencia 16 Junio 1835. Pase al Secretario de la Academia para que se providencie lo conveniente con arreglo a lo acordado. Ferraz”

Hay otro escrito de la Capitanía de los Reinos de Valencia y Murcia, con fecha 18 de febrero de 1835, dirigida al Presidente de la Real Academia de San Carlos en el que le da cuenta de que el Cónsul de España en Génova notificó a la Reina Gobernadora:

“*Haber recogido diferentes cuadros que dejó legados a la Academia de Bellas Artes de Valencia el Cónsul de S.M. en Niza, Dn. José Martínez, ya difunto*”

Se le advierte que le fue ordenado que en el primer barco que saliera para España los envíe al Capitán General de Valencia:

“*Para que los reciba, pague el importe del transporte, y los entregue bajo inventario y recibo a la Academia de Bellas Artes de dicha ciudad a quien han sido legados*”

Como era de esperar en una sociedad burocratizada se presentan los clásicos problemas administrativos, como el pago de los derechos de Aduana al llegar al puerto de Valencia y si en un principio los 70 francos iban a ser pagados:

“*De los ochocientos sesenta y tres mil diez y seis reales trece maravedises señalados en el presupuesto deste mi cargo para las Reales Academias*”

parece que todo quedó en el papel ya que después se dice:

“*El importe de los derechos que han de satisfacerse, tal vez tendría la satisfacción de que un individuo de ese Real Cuerpo anticipe dicha suma*”

Pero no fueron sólo problemas administrativos pues una vez descargados los bultos y pagados los derechos de Aduana por la Academia se oficia:

“*Al Sr. Intendente para que permitiera su conducción, pero habiendo manifestado dicho Señor que debían ser tasados antes por Profesores inteligentes*”

el Secretario de la Academia, D. Vicente M^a de Vergara, da cuenta al Presidente de que había manifestado:

“*El Director de Pintura D. Miguel Parra, que se haría con más comodidad en la Real Academia*”

Por fin se da cuenta por Vergara que el 22 de agosto de 1835:

“Se hallan dichas pinturas en la Real Casa de la Real Academia y notados en el Inventario General según se me ordena en el número 10 part. VII de los Estatutos firmado por mí y por el Conserje [Pedro Pérez] a quien quedan entregadas”

El Inventario citado comienza así:

“Descripción de los setenta y nueve quadros que por disposición del finado Dn. José S. Martínez pertenecen a la R. Academi de Bellas Artes en Valencia, existentes en seis cajones, N° 1 a 6; con indicación de los que cada uno de estos contiene; los que se remiten; igualmente que un cilindro de madera marcado N° 7 alrededor del qual se hallan embueltos tres dibujos sobre tela, según el detalle que sigue, a saber:

Cajón N° 1 contiene:

Un quadro marcado O. N° 13; sobre tela, representante el retrato de Morillo pintado por él mismo, con marco de madera color amarillo y picos dorados, 1 largo, palmo uno y medio, y alto, palmos uno y dos tercios.

Uno idem, marcado N. N° 12 sobre tela representando el Retrato del célebre Pintor Español Velázquez, con marco idem, de color amarillo y picos dorados, pintado por él

mismo, de largo un palmo y medio, y de alto un palmo y cinco seytos”

Así continúa la relación en la que, según los Profesores de la Academia se hallaron obras de Borgognone, Zucherini, Teniers, Durero, Poussin, Claudio Lorena, Salvatore Rosa, más otros, anónimos, de escuelas italiana, flamenca y alemana.

Magnífica compañía con la que te incorporaste a la Academia y en la que permanecerás hasta tu reencontro, en el Museo del Prado, con otros dos magníficos pintores cortesanos: Rubens y Van Dyck. Cada uno con vuestras obras vais a reflejar espacios reales; gentes de toda condición; temas mitológicos o profanos. Vais a ser, juntos y a la vez diferentes, testimonio de un siglo en el que el brillo de la fiesta barroca enmascaraba una situación política, social y económica que desembocó en un cambio, traumático para Europa, ocurrido pocos años después de vuestra muerte.

Cuando regreses a tu entorno académico en tus pupilas se habrán reflejado tantas cosas nuevas, tantas gentes diferentes; habrás vivido tantas emociones y habrás contemplado cómo no se ha debilitado la admiración por tantas cosas bellas como creaste. El tiempo, recogido en tu mirada, se detendrá, también, para escucharte.